

Estimado Carlos:
Te adjunto el texto de una
carta pastoral sobre el SIDA que
Mon. Oviedo sacará en los próximos
días. Solo mejor la Pres le intere-
resa.

ES. JL 2/7/93

REPUBLICA DE CHILE			
PRESIDENCIA			
REGISTRO Y ARCHIVO			
NR.	93/13275		
A:	02 JUL 93		
P.A.A.	<input type="checkbox"/>	R.C.A.	<input type="checkbox"/>
C.B.E.	<input checked="" type="checkbox"/>	M.L.P.	<input type="checkbox"/>
M.T.O.	<input type="checkbox"/>	EDEC	<input type="checkbox"/>
M.Z.C.	<input type="checkbox"/>		

DEL TEMOR A LA ESPERANZA

LA IGLESIA ANTE EL DESAFIO DEL SIDA

ARCHIVO

CARTA PASTORAL DEL ARZOBISPO DE SANTIAGO
MONSEÑOR CARLOS OVIEDO CAVADA
JUNIO DE 1993

INDICE

I INTRODUCCION

01. La preocupación de la sociedad por el SIDA	04
02. La reacción social frente a los enfermos del SIDA	04
03. La seriedad y magnitud del SIDA	04
04. La Iglesia y el SIDA	05
05. El llamado del Pastor	05

II SIGNIFICADO CULTURAL Y MORAL DE LA ENFERMEDAD DEL SIDA

06. Las cifras de la enfermedad a nivel mundial	06
07. Las cifras a nivel nacional	06
08. Pandemia que desafía a la dignidad y a la misericordia	07
09. Lo que la ciencia puede hacer y lo que no puede	07
10. Dios habla a través de la enfermedad	08
11. Reconocer la impotencia humana frente a la muerte	08
12. La inmunodeficiencia moral	08
13. El efecto de concepciones antropológicas engañosas	09
14. Concepción equivocada de la sexualidad	09
15. Necesidad de respuestas dignas del hombre	10
16. Crecer en la verdad, en la autenticidad y en la solidaridad	10
17. El anhelo íntimo del hombre es la plenitud del amor	10
18. El amor humano reflejo del amor divino	11
19. Debemos solicitar la gracia de Dios	11

I. INTRODUCCION

1. La preocupación de la sociedad por el SIDA

La preocupación por el SIDA ha ido creciendo, en el último tiempo, en nuestra sociedad. A las campañas de prevención organizadas por la autoridad pública, se han ido sumando los reportajes alarmantes de la prensa en torno a esta cruel enfermedad, como también, diversas iniciativas privadas tendientes a informar a la población acerca de las formas de su transmisión, especialmente, en cuanto a las conductas calificadas de alto riesgo. No sólo ha aumentado la información disponible acerca del número de casos y de su patrón de crecimiento, sino que comienzan a conocerse también las dramáticas historias concretas que se ocultan tras las cifras. Los jóvenes se encuentran particularmente afectados por el problema, dado el alto porcentaje de transmisión del virus que se produce a su edad. Se han conocido también los impactantes casos de mujeres que han sido contagiadas sin haber mediado de su parte otra conducta que la fidelidad a su pareja, e igualmente conmovedores resultan los casos de niños infectados, lo que ha merecido la formación de grupos de pediatras que intentan seguir atentamente la evolución de esta epidemia.

2. La reacción social frente a los enfermos de SIDA

Al lado de toda esta compleja problemática de la transmisión del mal, surge cada vez con más frecuencia un conjunto de problemas relacionados con el trato que los enfermos reciben de parte de la población que no ha contraído el mal. Tuvimos ya el primer caso público y notorio de un niño que fue expulsado de su colegio por tener esta enfermedad, y todo hace suponer que en el futuro se repetirán situaciones de este tipo. A la crueldad propia de la misma enfermedad comienza a sumarse la crueldad social adicional de la segregación, la insensibilidad o incluso el abandono de quienes son portadores del virus que la causa. Felizmente, han surgido también muchas iniciativas para estudiar este mal y para acoger y tratar a los enfermos.

3. La seriedad y magnitud del SIDA

El SIDA ha puesto de manifiesto un problema social y cultural que afecta a la sociedad en su conjunto y frente al cual nadie puede sentirse indiferente. La propagación de la enfermedad no alcanza todavía, felizmente, una magnitud tal que ponga en peligro la estabilidad de la vida económica, política y cultural de la nación. Pero la conciencia de que el mal puede adquirir

dimensiones cada vez más graves para el conjunto de la población es hoy día mucho más viva que en los años pasados. Tampoco pasa desapercibida la existencia de un conjunto de problemas sociales directamente vinculados a la expansión del SIDA, tales como la drogadicción, el alcoholismo y otros que por sí mismos son ya bastante serios, pero que lo son mucho más todavía en interacción con la propagación del SIDA. Es urgente, en consecuencia, que la población entera haga suyo este grave problema y favorezca y estimule la corrección de las conductas sociales que lo sustentan.

4. La Iglesia y el SIDA

La Iglesia ha seguido con particular solicitud el origen y la evolución en todo el mundo de esta verdadera catástrofe. A las reiteradas exhortaciones del Santo Padre acerca de la necesidad de corregir los hábitos y costumbres que favorecen la expansión de esta enfermedad, se ha sumado su paternal y delicada actitud de acogimiento y compañía a los enfermos. En el caso de nuestro país, la Conferencia Episcopal de Chile ha exhortado a seguir también una análoga actitud. En su declaración del 8 de enero de 1992 señalaba: "Se corre el peligro de hablar mucho de la enfermedad olvidándose del propio enfermo. Durante toda su vida, Jesús mostró una predilección muy cariñosa hacia todos los enfermos. Es deber cristiano acoger al enfermo, apoyarlo y asumir el papel del Buen Samaritano, sin transformarnos en jueces de las personas. Apoyamos, por eso, con gratitud a todos los que se preocupan de estos enfermos" ("El SIDA: un desafío a la dignidad humana y la misericordia", Comité Permanente del Episcopado, 8 de enero de 1992, n. 10). La Iglesia de Santiago, por su parte, ha sido pionera en cuanto a hacer presente la existencia del mal y la obligación de tratarlo como una enfermedad que debe comprometer nuestra responsabilidad cotidiana.

5. El llamado del Pastor

Como Pastor de la Iglesia de Santiago siento la obligación de llamar a nuestra sociedad a reflexionar profundamente sobre el problema del SIDA, al mismo tiempo que el deseo de alentar a quienes, de manera muchas veces silenciosa y soportando toda suerte de incomprensiones, descubren en el dolor de sus hermanos el rostro mismo de Cristo sufriente y están dispuestos a curarles las heridas del cuerpo y del espíritu con el bálsamo de la caridad. Como Obispo me corresponde la misión de ser "maestro de la verdad" y no puedo callar, en consecuencia, el hecho de que esta cruel enfermedad se contagia y se transmite a través de una conducta sexual desordenada, contraria, a veces, a la naturaleza y a la dignidad humana. Al mismo tiempo, la

Iglesia ha consagrado mis manos para perdonar, para ejercer el ministerio de la reconciliación (cf.. 2 Cor 5,18). Por ello, antes que el tema pueda dividirnos o que despierte actitudes agresivas motivadas por el temor, quiero invitar a todos, católicos y no católicos, a asumir como propio el riesgo cierto de esta epidemia junto con el dolor de quienes han contraído el mal, en un clima de reconciliación y de común responsabilidad por el destino de los hijos de nuestra patria. Nadie puede sentirse eximido de hacer su parte. A la responsabilidad de las autoridades públicas se suma muy especialmente la de los medios de comunicación, la de los partidos políticos y corrientes de opinión, la de los educadores, la de los padres de familia y, en general, la de todas las personas de buena voluntad.

II. SIGNIFICADO CULTURAL Y MORAL DE LA ENFERMEDAD DEL SIDA

6. Las cifras de la enfermedad a nivel mundial

Fuentes atendibles calculan que, de acuerdo a la velocidad de crecimiento de la enfermedad a nivel mundial, una persona se contagia de HIV cada 18 segundos, lo que supone más de 500 infectados al día. El número de personas que han llegado a la etapa de enfermedad grave o SIDA, oscila actualmente entre el millón y medio y los dos millones. De ellos 50.000 son niños. El director del programa global de lucha contra el SIDA de la Organización Mundial de la Salud (OMS) afirma: "Al final de esta década, habrá 40 millones de personas contaminadas en el mundo. Esto es enorme y explotará como una bomba nuclear".

7. Las cifras a nivel nacional

Nuestro país no escapa a esta apremiante realidad. Desde 1984, año en que se detectó el primer infectado, hasta hoy, el Ministerio de Salud, a través de la Comisión Nacional contra el SIDA (CONASIDA), afirma que hay casi 700 enfermos de SIDA y más de mil portadores de HIV que se enfermarán de aquí a unos ocho años más. Hay que considerar, adicionalmente, la existencia de una alta subnotificación (contagiados que no se declaran a la autoridad de salud) que, según la OMS, en América Latina alcanza al 70% de los casos. Las autoridades sanitarias del país hablan de 4,3 enfermos por cada cien mil habitantes esperando para los tres próximos años, que la enfermedad crezca en un 30% anual, aunque esto, según afirman, dependerá de las variables que se conjuguen.

8. Pandemia que desafía a la dignidad y a la misericordia

Considerando las características y las cifras, es evidente que el SIDA no es simplemente un brote epidémico localizado de una enfermedad mortal, sino una verdadera pandemia mundial con consecuencias de desestabilización económica y política, especialmente entre los países en vías de desarrollo más afectados, y con una erosión profunda de la moral de los pueblos, de sus tradiciones culturales, de su autonomía y de sus esperanzas en el futuro. Se trata, en una palabra, de "un desafío a la dignidad humana y a la misericordia", como lo llamó nuestra Conferencia Episcopal. (Declaración del Comité Permanente del Episcopado Chileno del 8 de enero de 1992).

9. Lo que la ciencia puede hacer y lo que no puede

Ciertamente, le corresponde a la ciencia trabajar e investigar en la búsqueda del remedio más eficaz frente a la agresividad del mal, tal como en el caso de otras enfermedades, y para ello debe dotársela de los recursos que permitan multiplicar y profundizar las investigaciones pertinentes. Todos debemos gratitud hacia las personas que con esfuerzo y perseverancia buscan aliviar el dolor de sus hermanos y mejorar las condiciones de vida de la población. Sin embargo, es imprescindible reconocer que el problema del SIDA no se agota en el dominio de la técnica o de la ciencia médica. La transmisión y difusión del virus hay que entenderla en un amplio contexto social que incluye algunos de los más acuciantes problemas actuales, como son, entre otros, la pobreza, el tráfico de drogas, la prostitución, el alcoholismo, la promiscuidad y el "turismo sexual", la homosexualidad, el aumento de los niños en la calle, la disolución de los vínculos familiares, el permisivismo que trivializa la vida y la muerte y vuelve mediocres las expectativas de desarrollo personal. También hay que reconocer, entre las dificultades para abordar el problema, la enorme sensibilidad política que despierta, lo que suele encender discusiones que desvían su objetivo de la prevención y cura de la enfermedad. Todos estos factores sobrepasan los esfuerzos propiamente científicos tendientes a combatir el mal, lo que obliga a actuar teniendo en cuenta el conjunto de los factores sociales y culturales involucrados. Así, el horizonte de esta enfermedad abarca la totalidad de la vida del hombre, la forma de comprenderse y respetarse a sí mismo, y el valor y la responsabilidad que sea capaz de reconocer a todos los gestos humanos, aún a los más íntimos. Son las necesidades, deseos y heridas del corazón y del espíritu del hombre las que afloran de manera profunda e ineludible en esta dolorosa contingencia, y solicitan una respuesta esclarecedora, activa y solidaria de parte de la Iglesia.

10. Dios habla a través de la enfermedad

Dios nos habla a través de todas las circunstancias de la vida. Con paternal bondad deja ver las huellas de su presencia para que nosotros "aunque sea a tientas, lo busquemos y encontremos" (cf.. Hech. 17, 27). El hombre, durante milenios, ha sabido descubrir la voz de Dios en el sufrimiento y en las enfermedades, especialmente, en aquellas que nos ponen de cara a la muerte, que nos recuerdan nuestra condición de peregrinos y nuestro final destino. Como otras enfermedades en el pasado, el SIDA nos recuerda hoy nuestra condición mortal, el hondo misterio que envuelve la vida de todo hombre que nace y que, a pesar de todas sus ensoñaciones y deseos, se encontrará, tarde o temprano, tal vez inesperadamente, con el hecho irreversible de la muerte. El temor que experimentamos por la expansión del SIDA es un reflejo del temor más hondo que siente nuestra condición humana por la muerte.

11. Reconocer la impotencia humana frente a la muerte

La sociedad secularizada, que se esfuerza denodadamente por poner al hombre en el lugar que sólo corresponde a Dios, no ha podido dar una respuesta razonable a esta sencilla verdad de que somos mortales. Por el contrario, intenta por distintos medios ideológicos, tecnológicos o publicitarios, ocultar la muerte porque sabe que, ante este destino irreversible, el hombre no puede hacer nada por sí mismo. Pero es, justamente, la conciencia de esta impotencia humana la que doblega nuestra soberbia y nos da la humildad necesaria para escuchar la voz de Quien nos ama y nos ha dado la vida. No desperdiciemos la oportunidad que nos ofrece el padecimiento de esta enfermedad o la contemplación, a veces impotente, del dolor de nuestros hermanos enfermos, para descubrir el sentido más profundo de nuestra existencia, sin dejarnos engañar por las promesas e ilusiones de que el hombre todo lo puede, de que es cosa de dejarle tiempo a la ciencia y a la tecnología para que encuentre la solución adecuada.

12. La inmunodeficiencia moral

Además de poner de manifiesto la impotencia humana ante la muerte, la epidemia del SIDA interpela a la calidad de vida, a la moralidad de nuestra sociedad, especialmente, a sus hábitos de convivencia, al significado y responsabilidad con que se desarrolla la vida sexual de la población y a la influencia que ejercen en ella los comunicadores y los líderes de opinión. Por su particular forma de transmisión o contagio, el desarrollo del SIDA enrostra su irresponsabilidad a aquellas ideologías y concepciones "libertinas" de la vida social que

desconocen o rechazan la existencia de una moral natural de la condición humana, que el hombre no ha inventado por sí mismo, ni ha establecido por la fuerza de su voluntad o por el convencionalismo de las costumbres, sino que ha recibido de su Creador y que descubre en lo más íntimo de su propio ser, en aquel santuario del espíritu que es la conciencia moral. Por ello, el Santo Padre ha destacado, refiriéndose a esta mortal enfermedad "la profunda inmunodeficiencia en el plano de los valores existenciales, que no se puede dejar de reconocer como una verdadera patología del espíritu" (Juan Pablo II, Conferencia Internacional de Agentes Sanitarios, 15 de noviembre de 1989, n.4). El SIDA cuestiona la supuesta calidad de vida alcanzada por una sociedad permisiva y consumista, que se orienta por el "tener" y olvida el "ser", y que desaprovecha las oportunidades de cultivar los valores del espíritu.

13. El efecto de concepciones antropológicas engañosas

Es posible afirmar, así, que más allá de la reflexión etiológica sobre el SIDA a nivel médico, donde aún no hay respuestas claras, el SIDA encuentra su "paternidad responsable" en la actual crisis cultural, que se revela de "proporciones insospechadas" según las palabras del Papa en Santo Domingo. Ella "ha eliminado valores religiosos fundamentales y ha introducido concepciones engañosas que no son aceptables desde el punto de vista cristiano" (Juan Pablo II, Discurso Inaugural de Santo Domingo, n.21). Esta misma preocupación cultural la han compartido los Obispos latinoamericanos en dicha reunión, reconociendo como un particular desafío pastoral "el deterioro creciente de la dignidad de la persona humana", el crecimiento de la "cultura de la muerte, la violencia y el terrorismo, la drogadicción y el narcotráfico. Se desnaturaliza la dimensión integral de la sexualidad humana, se hace de hombres y mujeres, aún de niños, una industria de pornografía y prostitución; en el ámbito de la permisividad y promiscuidad crece el terrible mal del SIDA..." (Documento de Santo Domingo, n. 235).

14. Concepción equivocada de la sexualidad

La llamada revolución sexual ha introducido una nueva comprensión de la sexualidad, centrando su finalidad casi de manera exclusiva en la obtención de placer y justificándola como algo que simplemente "se usa". Ha transformado la sexualidad en un juego que de ninguna manera compromete el don de sí mismo para siempre, en totalidad y en abertura a la vida, como la misma naturaleza de la sexualidad exige. Por su parte, las relaciones precoces, prematrimoniales y extramatrimoniales son consideradas cada vez más como algo normal y la homosexualidad es vista como legítima y optativa para la persona. A estas actitudes hay que

sumar aquellas que favorecen el uso de estupefacientes que evaden a sus consumidores de la realidad con la pseudo-promesa de resolver sus problemas de un modo "inmediato" y ahogar los sentimientos de soledad, incomprensión y marginación. Es un hecho que la transmisión del SIDA se favorece con este clima cultural permisivo en el ámbito de la sexualidad como de la droga.

15. Necesidad de respuestas dignas del hombre

Es de suma importancia encontrar respuestas que sean respetuosas y dignas del hombre y de su condición trascendental. Respuestas que broten de la íntima percepción del valor y responsabilidad que tienen los gestos y comportamientos humanos, sin desnaturalizarlos o encubrirlos bajo los falsos slogans del "sexo seguro", del "realismo de los preservativos" y de la "jeringuilla limpia". Estos medios que pretenden ser preventivos, además de falsificar radicalmente la sexualidad y ahondar peligrosamente la crisis existencial producida por las corrientes nihilistas, son actualmente reconocidos por la misma OMS como ineficaces para detener el mal y para crear hábitos que preserven de él.

16. Crecer en la verdad, en la autenticidad y en la solidaridad

La Iglesia, iluminada por la Palabra de Dios y la gracia de los sacramentos, no teme proponer actitudes y comportamientos que, aunque en desacuerdo con la mentalidad dominante, conducen a la vida y son percibidos como atractivos y posibles sobre todo por los jóvenes y que no están dispuestos a contentarse con proyectos de vida mediocres que están muy por debajo de sus propias exigencias. En el corazón humano existe inquietud e insatisfacción ante proyectos efímeros. Su íntimo deseo es crecer en la verdad, en la autenticidad y en la solidaridad. La Iglesia, y también todas las personas de buena voluntad, tienen el deber de presentar como válido y posible ese camino que radica en aceptar la condición de "creatura e hijo" y que origina, como lo atestigua toda la tradición, un espacio más humano y seguro.

17. El anhelo íntimo del hombre es la plenitud del amor

Recientemente escribí a los jóvenes que "Sin lugar a dudas la mayor búsqueda y el mayor anhelo de todo ser humano es aprender a amar y a vivir ese amor en plenitud... Todos buscamos amar y ser amados. Para eso nacimos. Para eso vivimos. Eso buscamos diariamente. Niños y ancianos, religiosos y laicos, pobres y ricos, todos hemos nacido para amar. El amor es el

secreto que puede hacer feliz nuestra vida. Y no saber amar es también fuente de mucha amargura e infelicidad" (Carta pastoral a los jóvenes "Nacidos para amar", Domingo de Ramos 1993, n.4) El SIDA nos hace presente, justamente, la amargura e infelicidad de no saber amar. ¿Cómo podría llamarse amor a la promiscuidad sexual que no conoce la fidelidad, al homosexualismo o al bisexualismo irresponsables, habitualmente ocultado a la sociedad y a las propias personas involucradas? Las conductas llamadas de alto riesgo, desde el punto de vista del contagio, deberíamos llamar propiamente de falta de amor o, todavía peor, de tergiversación del amor. Cuando además se transforman en hábito, se crean las condiciones sociales y culturales para destruirse progresivamente a sí mismo y arrastrar consigo todo lo que tiene valor humano, y en este caso preciso del SIDA, será la causa de su mayor difusión.

18. El amor humano reflejo del amor divino

El amor humano es algo muy serio porque expresa el anhelo más profundo e íntimo del hombre que es vivir eternamente en el Amor. La tradición cristiana identifica el amor con Dios mismo, particularmente, con su Santo Espíritu, que da vida a todo lo que existe y anima a los seres humanos al conocimiento de la verdad. Por ello, las tendencias "libertinas" son particularmente crueles con el hombre, puesto que desfiguran su propia naturaleza. Si lo que el hombre llama amor, en lugar de conducirlo al jardín de la vida le destroza la inocencia, la confianza, la fidelidad y la esperanza, y lo hunde en el nihilismo, la desesperación y la muerte, sólo puede explicarse porque la mentira se ha enseñoreado de su conciencia. A su vez, el hombre no puede salir de esta situación si no es implorando la presencia del Espíritu de Amor, para que dé testimonio de la verdad y vuelva los ojos del hombre hacia ella. La fuerza de este mismo Espíritu, que resucitó a Cristo de la muerte, es nuestro consolador, el único que puede libramos del temor de perder la vida y del temor, a veces mucho mayor, de perder la dignidad humana.

19. Debemos solicitar la gracia de Dios

La expansión del SIDA es la punta visible de un "iceberg" que nos remite a nuestra propia impotencia para encontrar la sanación que devuelva la salud a nuestro cuerpo y la dignidad y esperanza a nuestro espíritu. Ello no significa que debamos resignadamente dejar que el mal se propague. Debemos luchar con todas nuestras fuerzas para evitarlo. Sin embargo, debemos reconocer, al mismo tiempo, con humildad, que necesitamos fuerzas morales inmensas que sobrepasan nuestra capacidad y voluntad, y que sólo pueden provenir de Dios mismo, rico en misericordia, que en cada circunstancia histórica, por difícil que sea, llama a nuestra puerta para que libremente dejemos entrar su Espíritu. El pone a nuestro alrededor testigos de su gracia y de

su verdad que pueden ayudarnos a formar la conciencia moral de las personas para que, liberados del temor, se abran a la plenitud de vida que viene del mismo Dios-Amor.

III. HIJOS DE DIOS EN EL HIJO

20. Cristo, el Buen Samaritano

Meditando sobre la dolorosa realidad que ha significado la aparición del SIDA y su desarrollo, han resonado en mí estas conmovedoras y esperanzadoras palabras de la liturgia de la Iglesia:

*"Cristo en su vida terrena pasó haciendo el bien
y curando a los oprimidos por el mal.
También hoy, como Buen Samaritano,
se acerca a todo hombre
que sufre en su cuerpo y en su espíritu,
y cura sus heridas con el aceite del consuelo
y el vino de la esperanza.
Por este don de gracia,
incluso cuando nos vemos sumergidos en la noche del dolor,
vislumbramos la luz pascual
en tu hijo muerto y resucitado"*

(Misal Romano, Prefacio común VIII, "Cristo Buen Samaritano")

21. La luz pascual de Cristo es nuestra esperanza

Aún frente a las perspectivas alarmantes que el SIDA plantea a toda la humanidad, haciendo más sombrío su presente y su futuro, la luz pascual de Cristo constituye nuestra esperanza, garantía y reparo. No podemos ignorar que el Sida nos "sumerge, una vez más, en la noche del dolor", como expresión renovada del misterio del mal y del pecado que, como toda otra enfermedad y signo de muerte, nos hiere a todos. Sin embargo, aún en medio de esta noche vislumbramos la luz pascual del hijo de Dios, muerto y resucitado, quien con su verdad ilumina el misterio del hombre.

22. En Cristo descubrimos nuestra plena humanización

El es el Buen Samaritano de la humanidad, una vez más, brutalmente golpeada, herida y abandonada por este nuevo mal, al borde del camino de su historia. El puede curar nuestras múltiples heridas "con el aceite del consuelo y el vino de la esperanza", apiadándose de nosotros, poniéndose a nuestro lado, colocándonos en el lugar seguro de la Iglesia, hasta cuando El vuelva a saldar, definitivamente, la cuenta abierta con el mal. En la luz de Cristo se descubre lo que somos y lo que estamos llamados a ser y se nos muestran los caminos de una auténtica humanización y dignificación frente al desafío del SIDA.

23. El hombre necesita ser sanado por Dios

El catecismo nos enseña que "ignorar que el hombre posee una naturaleza herida, inclinada al mal, da lugar a graves errores en el dominio de la educación, de la política, de la acción social" (Catecismo de la Iglesia Católica, n.407). El pecado original que pesa como una herida abierta en nuestra carne nos dificulta adherirnos al proyecto de vida que Dios tiene para cada uno de nosotros. Por ello, debemos reconocer con humildad que estamos enfermos y que necesitamos ser sanados. Del mismo modo como nos relatan los Evangelios a propósito de tantos enfermos que Cristo sanó, el hombre necesita volver su mirada hacia el Señor e implorar su misericordia. Necesita alejarse de la permanente tentación de considerar que su existencia se la debe a sí mismo o a la sociedad, y de que él puede ser la medida de todas las cosas. Se debe reconocer que esta actitud ha llegado a constituir en nuestros tiempos una mentalidad común, una cultura dominante que se ha impuesto a través de las ideologías y de estilos de vida sutilmente propagados, especialmente, por la publicidad y el consumo. La soberbia cierra los ojos humanos al misterio de su existencia y le impide saber lo que verdaderamente necesita.

24. La confianza en el poder salvador de Cristo

La mirada humilde y confiada, en cambio, abre nuestra existencia al poder de la gracia divina. Como Marta, la hermana de Lázaro, que ante la muerte de su hermano le dice a Jesús: "Si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto. Pero aún ahora sé que cuanto pidas a Dios, Dios te lo concederá" (Jn 11, 21-22). Marta reconoce el poder de Dios y espera confiada en que se manifieste. Pero su profesión de fe es todavía más honda. Ella solicita a Cristo que se revele ante los hombres como la victoria definitiva frente al dolor y a la muerte, como la esperanza de

toda la humanidad. Su humilde plegaria recibe esta impresionante respuesta de Jesús "Yo soy la resurrección. El que cree en mí, aunque muera, vivirá; y todo el que vive y cree en mí, no morirá jamás. ¿Crees esto?" (Jn 11, 25-26). Tal respuesta sobrepasa la pregunta. No le promete su intercesión, sino que le asegura que en El, el Verbo de Dios que asumió la naturaleza humana, el hombre puede confiar en la victoria de la vida sobre la muerte. Pero, a su vez, no le impone a Marta esta enorme consolación, sino que le pregunta si acaso cree, le solicita su libertad y la estimula para que la ejerza.

25. Jesucristo, Evangelio del Padre

En la IV Conferencia del Episcopado de América Latina, celebrada en Santo Domingo con ocasión de los 500 años de evangelización de este continente, la fe compartida de todos los obispos proclamó a "Jesucristo, Evangelio del Padre", es decir, lo reconoció como la buena noticia de Dios para el hombre. "Bendecimos a Dios que en su amor misericordioso «envió a su Hijo, nacido de mujer» (Ga 4,4) para salvar a todos los hombres. Así Jesucristo se hizo uno de nosotros (cf. Hb 2,17). Ungido por el Espíritu Santo (cf. Lc 1,15) proclama en la plenitud de los tiempos la Buena Nueva diciendo: «El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca. Convertíos y creed en el Evangelio» (Mc 1,15). Este Reino inaugurado por Jesús nos revela primeramente al propio Dios como «un Padre amoroso y lleno de compasión» (RMi 13), que llama a todos, hombres y mujeres, a ingresar en él. Para subrayar este aspecto, Jesús se ha acercado sobre todo a aquellos que por sus miserias estaban al margen de la sociedad, anunciándoles la «Buena Nueva»...Así, pues, los necesitados y pecadores pueden sentirse amados por Dios y objeto de su inmensa ternura (cf. Lc 15, 1-32)". (Documento de Santo Domingo n.. 4).

26. Dios es Padre

En Cristo podemos reconocer a Dios no sólo como creador, sino como Padre. El mismo les enseñó a sus discípulos a hablar con Dios llamándole "Padre nuestro" (cf. (Mt 6,9) y San Pablo nos enseña que "todos los que son guiados por el Espíritu de Dios son hijos de Dios. Pues no recibisteis un espíritu de esclavos para recaer en el temor; antes bien, recibisteis un espíritu de hijos adoptivos que nos hace exclamar: ¡Abbá, Padre!...Y si hijos, también herederos..." (Rom 8, 14-17). No importa cuan honda y profunda sea la noche de nuestro dolor si reconocemos a Cristo presente, permitiéndonos llamar a Dios "Padre". Esta expresión resume el núcleo de nuestra herencia y nos invita, en consecuencia, a mirar nuestra condición humana con

agradecimiento y esperanza. Aunque herida en la carne por el pecado podemos suplicar a Cristo que nos de su Espíritu para reconocer en nosotros mismos y en nuestros hermanos la filiación adoptiva.

27. El hombre no es la medida de sí mismo

Debemos anunciar al mundo de hoy que el hombre no es la medida de sí mismo, que si sabe ser humilde y darse cuenta de que necesita ser salvado, encontrará en Cristo su verdadera medida, la que sobrepasa todo lo que según nuestra naturaleza podríamos esperar. En ello radica la sabiduría de Marta: "Si hubieses estado aquí, mi hermano no habría muerto", como también la sabiduría de San Pablo que con fuerza afirma que no hemos recibido un espíritu de esclavos, sino de hijos adoptivos. Al descubrir este enorme tesoro, esta inmerecida "herencia", el hombre puede abandonar el temor ante el sufrimiento y la muerte y sustituirlo por la alegría y el gozo de la libertad de quien se sabe hijo y heredero. Así, exclama San Pablo: "estimo que los sufrimientos del tiempo presente no son comparables con la gloria que se ha de manifestar en nosotros" (Rom 8, 18).

28. La fuerza y el consuelo de nuestra filiación adoptiva

Ninguna enfermedad, ni del cuerpo ni del espíritu, tampoco el SIDA, tiene la fuerza o el poder de arrebatar la filiación divina que Cristo conquistó para nosotros con su propio sacrificio. Siguiendo su ejemplo, los que padecen este horrible mal, pueden descubrir en su propio sufrimiento el itinerario de la pasión de Cristo, rogando a Dios que se manifieste en ellos el espíritu filial que es la gloria de toda creatura humana. No sólo encontrarán en ello su consuelo, sino que podrán dar testimonio ante el mundo del amor paternal de Dios que libera al hombre de sus angustias y temores, del pecado y de la culpa, y que le invita a esperar confiadamente en su destino. Es por ello que el Papa Juan Pablo II no se cansa de repetir que los enfermos representan una de las fuentes más hondas de la energía que la Iglesia dispone para la evangelización. Su cercanía y familiaridad con la pasión de Cristo conquista para ellos, como para toda la Iglesia, la libertad que brota de la filiación divina y que permite al hombre triunfar frente al mal y frente al pecado.

29. La Iglesia acude al lado de quien se encuentra herido

Así, la Iglesia, fiel continuadora de la misión de Cristo, Buen Samaritano de la humanidad, no teme colocarse al lado del hombre herido. Los recursos a los que ella acude para socorrer al hombre son los gestos concretos de la caridad viva y consoladora de Jesucristo, y el don de su persona, fuente de esperanza y camino de liberación. Estos dones la Iglesia los dispensa por medio de los sacramentos, de la santidad de sus hijos y las obras que testimonian la solicitud por lo más pobres y desamparados. Con el "aceite del consuelo y el vino de la esperanza", la Iglesia quiere acercarse con profundo respeto y viva preocupación pastoral a quienes han sido víctimas del SIDA y encarar, al mismo tiempo, el reto moral que plantea al comportamiento humano y a los estilos y opciones de vida.

30. El SIDA no es un castigo de Dios

Por lo dicho, la Iglesia siente el deber de afirmar con fuerza ante la sociedad que el SIDA no puede considerarse, como a veces se escucha, un castigo de Dios con el supuesto propósito de liberar al mundo de pervertidos y de drogadictos. Esta afirmación distorsiona profundamente la imagen de Dios como Padre y hace irreconocible la filiación adoptiva del hombre. El amor de Dios Padre, así como se nos ha dado a conocer en la persona de Cristo y en el misterio de su Pascua, es amor de misericordia incondicional y permanente, más fuerte que el pecado y que la muerte. En Jesús, la relación entre enfermedad y castigo fue destruida para siempre, como El mismo se encarga de aclarar a sus discípulos ante la presencia de un ciego de nacimiento: "Rabbi, ¿quién pecó, él o sus padres, para que haya nacido ciego? Respondió Jesús: ni él pecó, ni sus padres; es para que se manifiesten en él las obras de Dios" (Jn. 9,2-3).

31. Tratar al enfermo como Cristo lo hizo

Asimismo, en la introducción al Rito de la Unción de los Enfermos (n. 2), la Iglesia enseña que: "la enfermedad, aunque estrictamente relacionada con la condición pecadora del hombre, no puede ser considerada como castigo infligido al hombre por sus pecados personales". Quien quiera pues imitar a Cristo, debe tratar a los enfermos de SIDA como Jesús trató a todos los pobres, marginados y dolientes de su tiempo. No con la condenación y los prejuicios sociales, sino con la mirada amorosa de quien siempre espera ver en ellos la manifestación de la gloria de Dios. Esta es la misma actitud que ha mostrado el Papa y que nos ha exhortado a seguir, como lo dijo durante su visita a California: "el desafío consiste en amar como Dios nos ama, sin

distinción, sin límites, porque El ama a los que están enfermos, como a los que padecen el SIDA".

32. Vencer la intolerancia y el prejuicio frente al enfermo

La discriminación, la intolerancia, los prejuicios y los miedos sin fundamento hacia las víctimas del SIDA no ayudan a ofrecer soluciones humanas ni cristianas a los enfermos. Perjudican también a la población no afectada por el mal, porque en lugar de estimularla a cultivar el espíritu de la libertad que es fruto de la conciencia de la filiación adoptiva que nos fue donada en Cristo, la arrastra hacia un espíritu de esclavitud, que se horroriza de la naturaleza humana y es incapaz de encontrar en el mundo la obra salvadora de Dios. No debemos olvidar la admonición de Cristo: "No juzguéis, para que no seáis juzgados. Porque con el juicio que juzguéis seréis juzgados, y con la medida con que midáis, se os medirá" (Mt 7, 1-2). Quien rechaza al pecador o se deja arrastrar por supersticiones y prejuicios sociales no puede mirar el mundo con los ojos de Dios. El ha puesto la medida al amar incondicionalmente al hombre enviándole a su único Hijo "para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna" (Jn 3, 16).

33. Sentir como propio el sufrimiento de los demás

No es cristiano, en consecuencia, apuntar a nadie con un dedo discriminador, según haya sido el origen o la forma mediante la cual contrajo la enfermedad del SIDA. Por el contrario, los cristianos deben buscar la colaboración con los afectados y mostrarles su solidaridad, a fin de que puedan convivir con sus familias o con otras personas amigas y puedan enfrentar de mejor manera su difícil situación de salud. Los cristianos deben aprender a sentir como propios los sufrimientos de los demás. Como hermosamente enseña el Concilio Vaticano II, "El gozo y la esperanza, las lágrimas y angustias del hombre de nuestros días, sobre todo de los pobres y de toda clase de afligidos, son también gozo y esperanza, lágrimas y angustias de los discípulos de Cristo, y nada hay de verdaderamente humano que no tenga resonancia en su corazón" ("Gaudium et Spes" 1). La cercanía con los enfermos y con sus familiares tiende a iluminar desde el Evangelio el significado del dolor, hasta percibir que éste no es sólo un "problema" sino un "misterio", un signo que, contemplado desde la cruz de Cristo, revela la misericordia de Dios y la solidaridad en el común destino humano.

34. La solidaridad con el enfermo y la denuncia del desorden moral

Desde la perspectiva cristiana, la pregunta por el origen del sufrimiento, pasa a un segundo plano frente a la solidaridad con el enfermo. Cuando el buen samaritano se paró ante el herido, no le preguntó si era pecador, o qué tipo de pecado había cometido. Tuvo simplemente compasión y derramó aceite y vino sobre sus heridas. La misericordia con los enfermos, sin embargo, no nos excusa de denunciar con firmeza el desorden moral de las conductas que fomentan o propagan el desarrollo de este mal, como asimismo, no nos exime de la responsabilidad de velar para que los métodos y las campañas de prevención respeten la suprema dignidad del hombre y la filiación divina que le ha sido regalada. Por ello, debemos mirar el desarrollo de esta epidemia y las acciones que hagamos en bien de los enfermos con la virtud de la prudencia, que considera el conjunto de los factores involucrados en el bien común, que no se aviene con el desorden moral, pero que, por sobre todo, se deja llevar por la caridad hacia quien está herido y necesita ayuda o consuelo.

35. Necesidades espirituales de los enfermos

Es frecuente que las personas contagiadas, una vez que han llegado a conocer su condición, experimentan dramáticamente una serie de sentimientos profundamente desgarradores. Pueden ser sentimientos de culpabilidad, de abandono, de angustia, de depresión, de rebelión contra la naturaleza e incluso de rabia contra Dios y la sociedad. Ello nos recuerda que los afectados por el SIDA tienen hondas necesidades espirituales además de las necesidades de atención médica. Muchas veces se hacen preguntas sobre temas espirituales que nunca habían hecho antes. Buscan aceptación, consuelo y perdón. En esas condiciones se vuelve más necesaria que nunca la presencia cercana de sacerdotes, de religiosos y religiosas, y de fieles laicos capaces de ofrecer fraternidad y amistad, comunicando las razones de la esperanza cristiana fundada en el Misterio Pascual de Cristo. Esta actitud de solidaridad debe extenderse también a las familias de los enfermos y, es particularmente urgente, cuando la enfermedad manifiesta los síntomas que conducen a la agonía y a la muerte. Los cristianos debemos estar junto a ellos, rezar con ellos y dar testimonio de que en Cristo la muerte ha sido derrotada por el Dios de la vida.

36. Aliento a los grupos de voluntarios que ayudan a los enfermos

Por ello, es de gran importancia que los cristianos promuevan la creación de grupos de voluntarios, formados sólidamente en la fe y humanamente dispuestos al asesoramiento, al apoyo y al ofrecimiento de servicios concretos de atención a los enfermos en situación hospitalaria y extra-hospitalaria, y que reciban un aliento perseverante del conjunto de las comunidades eclesiales. Frente a la multiplicación de los casos y a la limitación de los servicios hospitalarios, la atención domiciliaria de estos enfermos requerirá siempre más de estos "buenos samaritanos" y de la red de solidaridad que ellos encuentren disponible en la Iglesia.

37. Promover la reflexión seria sobre la enfermedad

Es conveniente suscitar también una seria reflexión sobre el SIDA en la totalidad de los centros y comunidades cristianas (parroquias, capillas, colegios, universidades, comunidades de base, movimientos y grupos apostólicos, etc.), con el fin de proporcionar elementos claros acerca del origen, características y efectos del SIDA, al mismo tiempo, que educar a una prevención fundada en la valoración de la sexualidad humana, en la práctica de la castidad, en la fidelidad de los esposos y en la hermosa tarea del autodomínio del cuerpo y de los sentidos que conduce al señorío de sí mismo, a la alegre afirmación de una voluntad fuerte, al respeto de la persona, al amor noble y duradero, y a evitar la cosificación, degradación o instrumentalización de las personas.

38. Necesidad de una recta campaña de prevención

La Iglesia, a través de sus distintas comunidades y organizaciones, estará siempre dispuesta a colaborar con otras instituciones públicas o privadas que puedan desarrollar programas de prevención del SIDA y de asistencia a la población más expuesta, siempre que en aquellos programas se mire al hombre de manera integral y se hagan propuestas que no sean reductivas o empobrecedoras del significado de la sexualidad. De modo especial, los cristianos están llamados a mantener vivo en nuestra cultura el valor del pudor, el cual permite rodear la actividad sexual de la intimidad que le es consubstancial y liberar al hombre de la lujuria (cf. "Moral, juventud y sociedad permisiva" n. 28 y ss.). Hombres y mujeres están llamados a cuidar mutuamente la dignidad infinita de sus personas, respetando la honestidad y el recato de cada uno. Al mismo tiempo, los programas de prevención deben tener la valentía de llamar a un cambio en las costumbres que están en la raíz del mal. "El uso desordenado de la sexualidad,

tarde o temprano trae consigo un empobrecimiento de las propias energías de la sexualidad, hastío, tedio, tendencia a la evasión mediante el alcohol y la droga, anestesiamiento de la conciencia moral, irresponsabilidad y un variado espectro de desequilibrios psíquicos" (op. cit. n. 39) todos ellos factores que, como se sabe, suelen caracterizar el contexto social de la población de mayor riesgo.

39. Las erradas campañas de prevención

Pese a ello, se ha desarrollado en el último tiempo una campaña de distribución de preservativos y de promoción de su uso que es inmoral por su enfoque acerca de la sexualidad, por la falsa seguridad que supuestamente ofrece a la población y por los intereses comerciales que esconde. Algunas personas con cargos de alta responsabilidad profesional afirman que ha llegado la etapa de "erotizar el condón" para generalizar su aceptación entre la población. En la declaración del Comité Permanente del Episcopado del 8 de enero de 1992 los obispos dijimos en relación a la prevención del SIDA que "la referencia al uso del preservativo no la compartimos, pues deja la impresión de una neutralidad moral frente a la infidelidad y promiscuidad, a la vez que es una puerta abierta al libertinaje sexual" (n.8). Sin embargo, a la propuesta de "erotizar el condón" ya no se le puede imputar sólo "neutralidad moral". Por el contrario, se trata de una proposición abiertamente inmoral, que incita deliberadamente a la población a la infidelidad, a la promiscuidad y al libertinaje sexual. Aumenta, adicionalmente, y de manera irresponsable, las posibilidades de contagio del mal, que es lo que supuestamente pretende evitar, puesto que no es difícil comprender que el desarrollo de una epidemia está directamente relacionada con el modo específico de transmisión de la enfermedad y con la frecuencia de exposición al riesgo, el contacto sexual en este caso. La experiencia de otros países muestra que la promoción del preservativo no ha detenido el crecimiento del contagio, sino sólo ha traído beneficios económicos a fabricantes y comerciantes.

40. La finalidad de todo proyecto educativo

Todo proyecto educativo se confronta con su verdad a partir de los resultados de mayor humanización y calidad de vida que ofrece a los que conduce: "ningún maestro -han afirmado los Obispos latinoamericanos- educa sin saber para qué educa y hacia dónde educa. Hay un proyecto de hombre encerrado en todo proyecto educativo, y este proyecto vale o no según construya o destruya al educando" (Documento de Santo Domingo, n. 265). La prevención es una forma de educación y debe responder, por tanto, a la profundidad de sus exigencias. Es una

dañina abstracción pretender que se están previniendo conductas sin considerar que, tras ellas, hay sujetos concretos, seres humanos que llevan en su corazón la ley natural propia de su condición de creaturas. La prevención debe entenderse, en consecuencia, como un acto educativo, que no separa la conducta de la persona, sino que reconoce en ella su libertad, su conciencia moral y la dignidad de su vocación. Tal acto educativo encontrará siempre un sólido fundamento en la antropología cristiana, "que significa la apertura del hombre hacia Dios como creador y Padre, hacia los demás como a sus hermanos, y al mundo como a lo que le ha sido entregado para potenciar sus virtualidades y no para ejercer sobre él un dominio despótico que destruya la naturaleza" (Documento de Santo Domingo n. 264). Cuando está en juego una conducta que depende de la libertad de la persona, las alternativas que se ofrezcan tienen la necesidad de fundarse sobre un terreno humano rico de sentido y de responsabilidad. Todo esto exige, por supuesto, buena información, pero sobre todo, una educación de la sensibilidad, de la afectividad y de la voluntad que permita escoger los modelos de vida capaces de mantener o recuperar la intransable dignidad de la persona y su vocación al amor.

41. La ley de Dios es expresión de su paternidad

El reconocimiento de la paternidad de Dios y la certeza de que El ha puesto en nuestros corazones una ley de vida y de amor, es lo que en realidad nos permite, ante el desafío del SIDA, pasar del temor a la esperanza. Por ello, la Iglesia no se cansará nunca de presentar a Cristo como el camino, la verdad y la vida. Es la fuente de su alegría. Para detener el SIDA no es suficiente compartir información o lanzar fáciles consignas. En el encuentro del hombre con la persona de Cristo se origina una actitud nueva y una poderosa fuerza espiritual y moral que es don de la Gracia y que le permite desarrollar comportamientos que lo dignifican como sujeto y lo preservan del mal. La acción preventiva contra el SIDA, reconocida por todos como un camino indispensable, debe ser hecha desde la vida y para ella, con esperanza en el destino del hombre y gusto por la verdad, y no desde el temor a la muerte, la resignación culpable o la difusión de actitudes que reflejan una mentalidad moralmente neutral frente al bien, la verdad y la belleza de la condición humana.

42. La familia, escuela del más alto humanismo

El SIDA constituye un reto pedagógico serio que interpela a la familia, a los educadores, a los comunicadores, al estado y a la sociedad en su conjunto, en una perspectiva amplia, participativa y solidaria. Si existe un primado en esta acción formativa, se le debe reconocer a la familia como "escuela del más alto humanismo" ("Gaudium et Spes" n. 52). No existe otro espacio o institución social que pueda sustituir este ámbito de crecimiento y de desarrollo armonioso y maduro de la persona en todas sus dimensiones. Ante el SIDA, la familia recuerda esa extraordinaria riqueza representada por la gratuidad de las relaciones entre sus miembros, la transmisión viva y cotidiana de una afectividad donde se integran todos los factores vinculados a la sexualidad: la fidelidad de los esposos, el pudor que respeta la inocencia, el valor de la abstinencia, el sentido de la donación incondicional, la apertura a la vida. La familia, con esas formidables energías capaces de sacar al hombre de su anonimato y de mantenerlo consciente de su dignidad personal (cf. "Familiaris Consortio", n.43), representa una esperanza de vida frente al SIDA, un auténtico baluarte ante la avalancha de una falsa cultura que tiende siempre más a disociar la sexualidad de su compromiso afectivo y fecundo en el matrimonio.

43. Proteger a la familia es una obligación de la sociedad

Reforzar y proteger a la familia por parte de la sociedad y del estado debería ser entendida como una acción del más alto realismo y conveniencia que, además de responder al designio creador de Dios, permitiría sanar tantas heridas morales y ofrecer el lugar más idóneo para el cuidado de los mismos enfermos. Detrás de la inmensa mayoría de los casos de SIDA existe algún deterioro de los valores familiares básicos, provocado, en parte, por la extrema pobreza, en parte, por las condiciones generales de la vida urbana que no siempre han contribuido a mejorar la calidad de vida de la población, y de modo más grave aún, por la acción deliberada de ideologías, de visiones políticas o culturales que erosionan su estabilidad, ignoran su vocación y pretenden organizar un mundo sin ella.

44. Necesidad de convergencia sobre el valor del ser humano

Reconocemos al Estado, a los científicos y a las universidades el esfuerzo desplegado para asumir su responsabilidad ineludible en este campo del bien común. Sin embargo, invitamos a todos los responsables de las campañas de prevención a enfrentar con altura de miras la totalidad de los factores involucrados, sin olvidar los que pertenecen al ámbito de la cultura, de la formación de la conciencia moral, de la solidaridad en el destino humano. La gravedad del problema no hace aconsejable de que se produzcan enfrentamientos de sectores sociales o ideológicos, sino una profunda convergencia sobre el valor del ser humano, reconociendo que en él existen potencialidades religiosas, virtudes morales e ideales de vida capaces de motivar cambios conductuales auténticos y estables que son los que permitirán superar el problema.

45. La afirmación de la responsabilidad personal y social

"Lo que dignifica al ser humano no se mide por la dificultad o facilidad para asumir su deber, sino por la coherencia vital entre la recta conciencia y las actuaciones de la vida diaria" (Declaración del Comité Permanente del Episcopado sobre el SIDA, n. 6). Si los poderes públicos y los medios de comunicación hicieran converger sus esfuerzos hacia un mismo fin, sin ceder a la tentación de la popularidad fácil, sino reafirmando el sentido de la responsabilidad personal y social que nace del ejercicio cotidiano de la libertad, contribuirían, sin duda, a ofrecer respuestas más acordes a la vida y a la dimensión religiosa de nuestro pueblo, y más eficaces frente al SIDA.

46. María intercede ante su Hijo por todos nosotros

Al finalizar, quisiera volver la atención hacia ese sentimiento de impotencia que surge al enfrentarnos a un problema que nos sobrepasa completamente por su complejidad, por la crueldad con que suele acompañar a sus víctimas, por el dolor de las familias que ven destruídas sus relaciones humanas por la drogadicción, la corrupción, la promiscuidad sexual, la infidelidad, por la indiferencia social de muchos que no se sienten afectados y creen estar protegidos, por la debilidad de la conciencia humana que se deja arrebatar su recto juicio por parte de cierta publicidad y de la moda. Al contemplar todo este enorme peso social y cultural, al lado de nuestra humilde capacidad de acción, no podemos sino recordar las palabras de Cristo: "Sin mí, no podéis hacer nada" (Jn 15, 5). En verdad, sólo El puede restablecer lo que está caído, curar a los enfermos, despertar en nosotros la solidaridad. Pidámosle a su Santísima

Madre que interceda ante su Hijo por todos nosotros, de tal manera que el padecimiento del SIDA pueda despertar la generosidad de la sociedad chilena con quienes están afectados por el mal, la responsabilidad de todos para prevenir el contagio con medios dignos de la condición humana, y la humildad necesaria para reconocernos creaturas de Dios que sólo podemos mantenernos en la vida y en el bien por el hecho de que El nos ama como Padre y solicita de nosotros el trato de hijos.

¡Cristo, sea nuestra gran esperanza en esta vida y en la hora de nuestra muerte!

+ **CARLOS OVIEDO CAVADA**
Arzobispo de Santiago

Santiago, 29 de Junio de 1993
Solemnidad de los 55 Apóstoles Pedro y Pablo.